

# Voltaire y Rousseau:

**Fernando Savater**

**S**UCEDIÓ hace doscientos años: en menos de mes y medio, la Europa ilustrada perdió a las dos figuras capitales del siglo en que se fraguó el espíritu contemporáneo. Murieron como enemigos; vivieron como exponentes radicales de las dos tendencias en que debía cifrarse la herencia subversiva de la Ilustración. Hasta mucho después de su desaparición no comenzó a verse cabalmente todo el alcance teórico, histórico y psicológico de esta rivalidad, oscurecida en la memoria subsiguiente por tantas admira-

ciones que los apreciaban a ambos solidariamente y tantos odios que los detestaban de manera no menos indisoluble. Voltaire y Rousseau: toda una tipología divergente de los dos caminos que siguió y sigue la crítica radical de la tradición cristiano-absolutista, la oposición intelectual al despotismo en el terreno de la opinión y en el de la gestión comunitaria. De ellos se ha hecho dos caracteres que sirven para clasificarnos a todos sus nietos, lo mismo que durante muchos siglos fueron Platón y Aristóteles los prototipos inevitables de los dos modos de filosofar. Voltaire y Rousseau: dos hombres, dos



Voltaire no volvió a París desde su patriarcado de Ferney para morir, sino, antes bien y como siempre, para vivir. (Detalle de la estatua de Voltaire, obra de Jean-Antoine Houdon (1781), actualmente en la Comédie-Française de París).

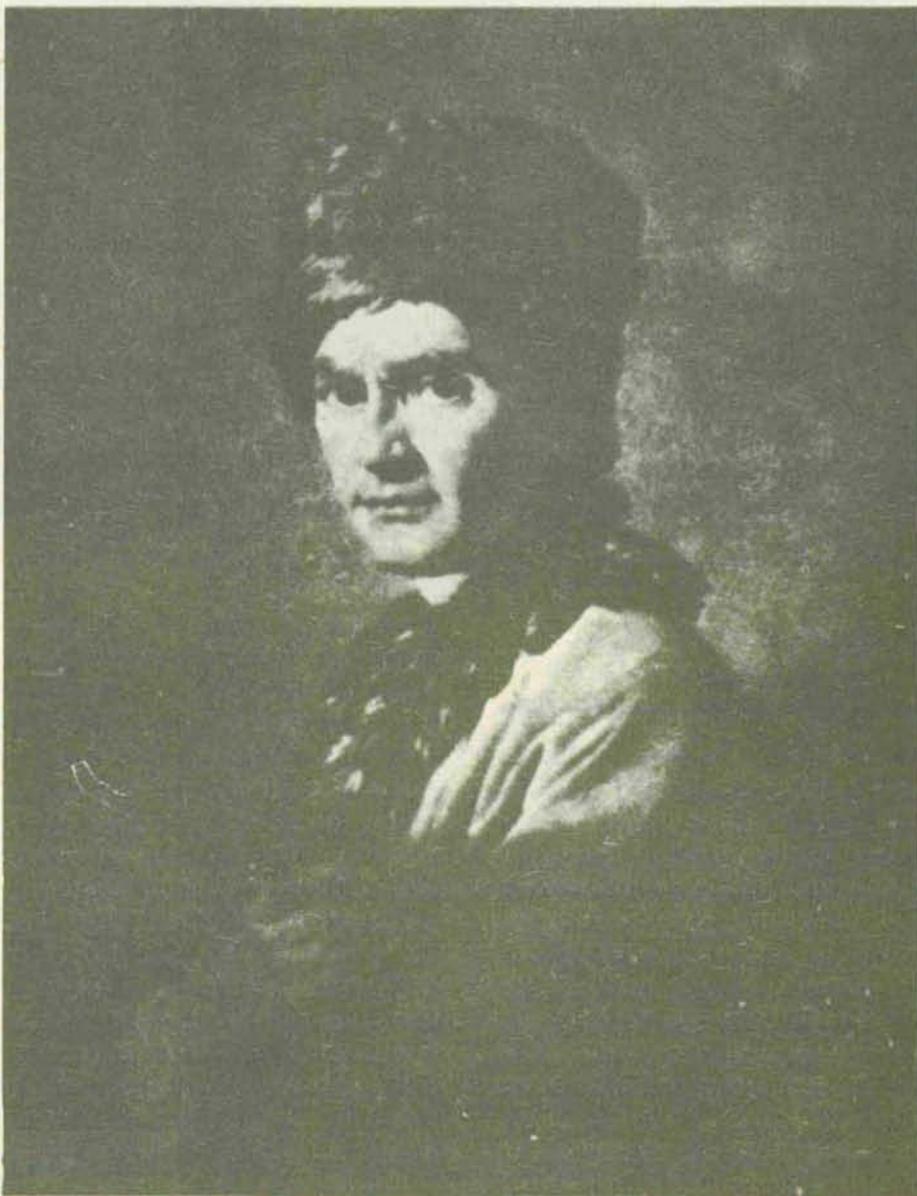
# El final de las luces

«Et je crie: —Lumière, o lumière, est-ce tout?  
Et la clarté me dit: —Silence! le prodige  
sort éternellement du mystère, te dis-je.  
Aveugle qui croit lire et fou qui croit savoir!»

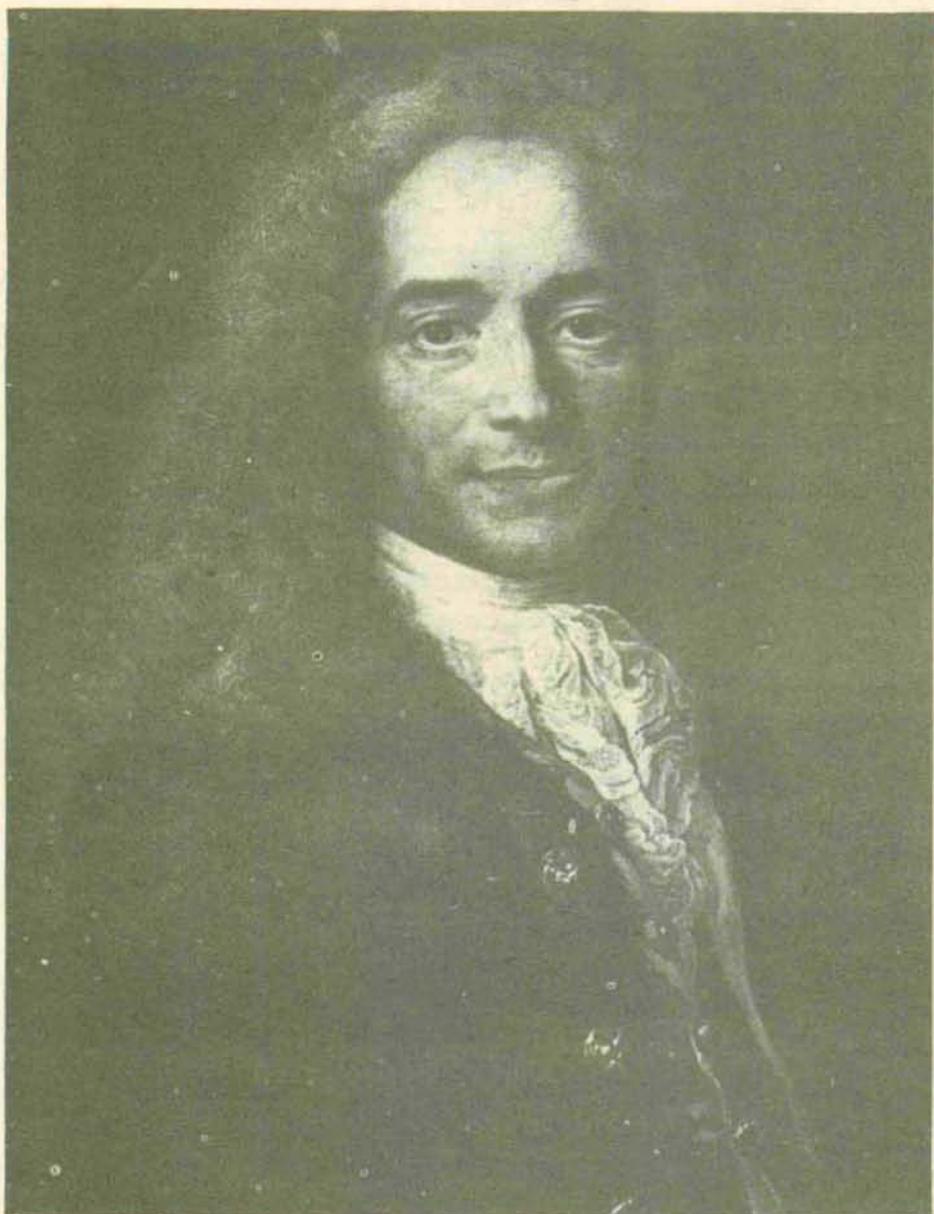
(Victor HUGO)

filosofías, dos tipos de aciertos y errores, dos desafíos a su mundo y al nuestro. Entre ellos se han repartido muchas veces los papeles, periódicamente se engrandece a uno para denigrar al otro según el gusto político de la época o incluso el momento anímico del estudioso, pues todos los que sentimos pasión por ellos les hemos amado o detestado **a rachas**, según los bandazos de la propia fortuna biográfica. Es un juego estéril, que sirve más para calificar y expresar a quien lo practica que a los dos autores tratados:

pero es un juego que seguirá jugándose hasta que otra dualidad fundamental distraiga a los intelectuales de ésta, si es que, como pienso, este dualismo maniqueo es un arquetipo imprescindible en la historia del pensamiento. No será en estas páginas. en todo caso, donde el lector encuentre una toma de postura que zanje desde una perspectiva cómodamente ética esta rivalidad esencial: creo que lo único que puede y debe afirmarse indiscutiblemente a este respecto es que ambos aportan los más ricos ingredientes de nuestra actual perplejidad y por tanto nos son igualmente imprescindibles.



Rousseau siguió con matizada amargura los momentos gloriosos que acompañaron los últimos días de Voltaire. (Rousseau, según un grabado de Marsin).



«Nuestro philosophe no se cree un exilado en este mundo; no cree estar en país enemigo; quiere gozar con sabia economía de los bienes que la naturaleza le ofrece...» (Voltaire, cuadro de Nicolás de Larguillière).

## 1. Las muertes paralelas

Voltaire no volvió a París desde su patriarcado de Ferney para morir, sino, antes bien y como siempre, para vivir: volvió para estrenar otra tragedia, escrita a los ochenta y cuatro años, para saludar a sus viejas compañeras de salón y lecho, para dar gusto a la joven madame Denis, que alentaba deliciosamente el rescoldo sensual de sus últimos años; volvió para ingresar por la puerta grande en la Academia, para recibir la admiración multitudinaria de la

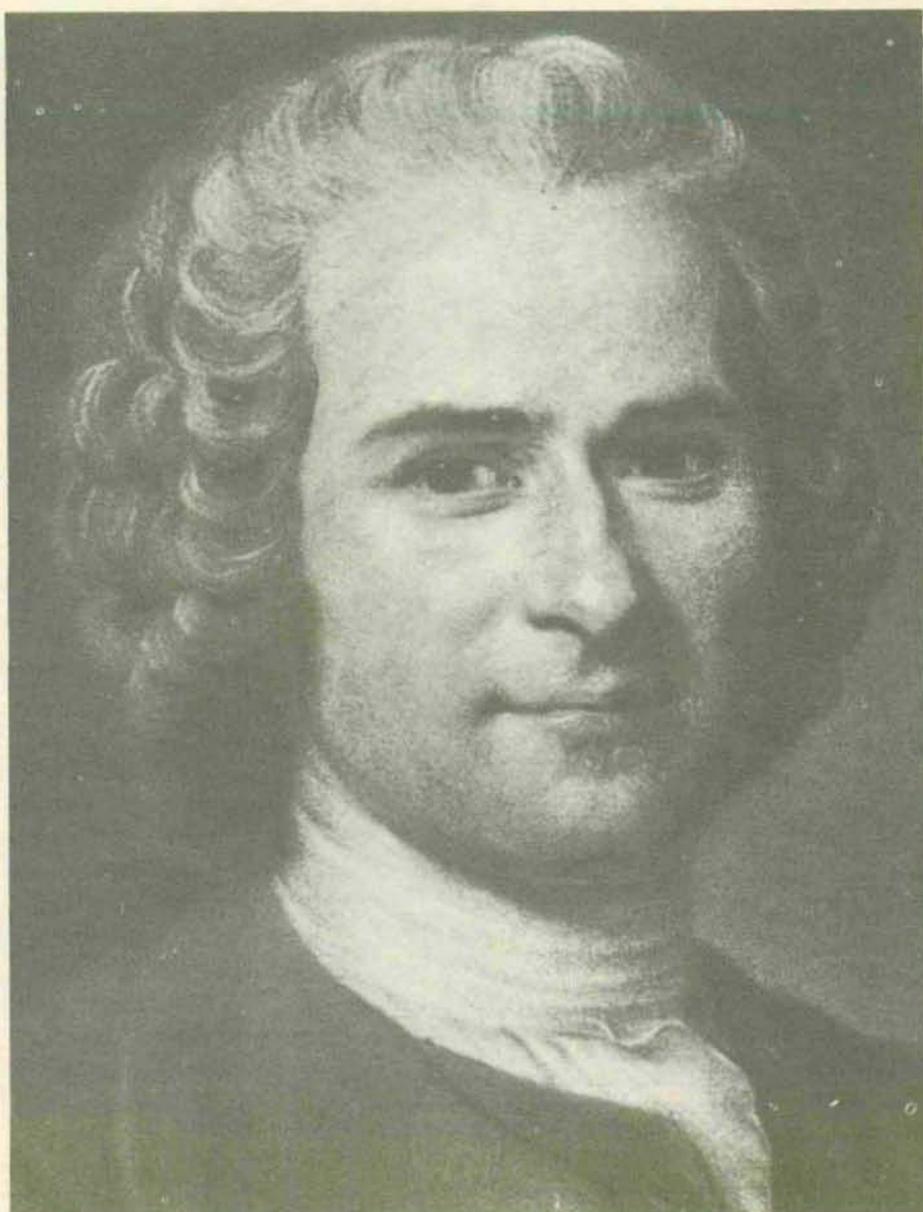
gran capital que le adoraba, para recibir la pleitesía espontánea de nobles y plebeyos, para componer unos cuantos epigramas más contra los fanáticos y los intolerantes... volvió para vivir, no para morir. El 30 de marzo conoció una apoteosis abrumadora en el Théâtre-Français, cuando el público arrebatado le aplaudió y vitoreó durante más de veinte minutos, mientras un busto suyo era coronado de laurel en el escenario; después, la muchedumbre le escoltó hasta su residencia; flanqueado con antorchas triunfales el coche que le llevaba. Esta entusiasta mani-

festación no dejó de perturbar al rey Luis XVI, a cuya religiosidad y alarmado sentido del buen orden no podía por menos de disgustarle tales demostraciones de fervor hacia la figura de un hombre que era símbolo del mal para los últimos representantes de la piadosa tradición francesa.

Pero la agitación y el exceso mismo de gloria de aquellos días fueron demasiado para el impenitente anciano, cuya mala salud de hierro había buñado permanentemente a la muerte, que siempre parecía próxima. Voltaire entraba casi todos los meses en agonía, a juzgar por los informes de quienes le visitaban en Ferney; pero el próximo invitado le hallaba chispeando en medio de su corte, representando una comedieta, jugando con su linterna mágica o pellizcando con malicia senil a madame Denis. Sin embargo, para todo hay una última vez. Su brío no decaía: después de la sesión triunfal en el Théâtre-Français, se puso a trabajar encarnizadamente en un proyecto de nuevo diccionario de la Academia, que debía enriquecerse con miles de nuevos términos. Voltaire se comprometió a componer la letra «A» de la obra. Para no perder tiempo, para hallarse permanentemente despejado, bebía muchísimo café, más de veinte tazas diarias, con lo cual logró que su insomnio se hiciera perpetuo. Se le declaró una grave retención de orina, que le hacía sufrir mucho. Para calmar sus dolores y servirle de sedante, su amigo el duque de Richelieu le envió una solución de opio, que el siempre ansioso Voltaire se bebió de un solo trago en lugar de dosificarla convenientemente. Su estado se agravó, entró en delirio. Todavía recobra por un momento su lucidez, acicateado por la vieja pasión de militancia en favor

de su concepción de la justicia: se entera de que sus esfuerzos en pro de la revocación de la sentencia dictada contra el padre del conde de Lally han dado fruto y pone unas breves líneas a éste: «El moribundo resucita al enterarse de esta gran noticia; abraza muy tiernamente a M. de Lally; ve que el rey es un defensor de la justicia: morirá contento». Son sus últimas líneas y hasta el final con estilo, con esa concisa y eficaz elegancia que no logró incorporar a su verso pero que jamás le abandonó en su prosa. La carta va fechada el 26 de mayo de 1778; dos días después Voltaire entró en coma, rechazó con un enérgico «¡Dejadme morir en paz!» al cura que intentó ungrle en sus últimos momentos y murió a las once de la noche del día 30. El rey Luis XVI prohibió a la prensa que publicase la noticia de su fallecimiento y la jerarquía eclesiástica no autorizó la misa en sufragio suyo que la Academia encargó a unos monjes franciscanos. En cambio, Federico el Grande hizo que se dijera una misa por él en Berlín y redactó un hermoso elogio fúnebre para ser leído en la Academia alemana, en el que se omite cualquier mención a los conflictos que oscurecieron su relación y sólo se conserva el fervor discipular que unió a los dos escépticos.

Rousseau siguió con matizada amargura los momentos gloriosos que acompañaron los últimos días de Voltaire. Incluso salió en su defensa cuando un amigo, creyendo darle gusto, se burló de la apoteosis volteriana en el Théâtre-Français: «¿Cómo os atrevéis a burlaros de los honores rendidos a Voltaire en el templo en el que es dios y por los sacerdotes que han vivido de sus obras maestras durante cincuenta años?». A un cura



«El verdadero philosophe no está atormentado por la ambición, pero quiere gozar de las comodidades de la vida; le hace falta, además de lo estrictamente necesario, un excedente razonable necesario para vivir como un honnête homme...» (Rousseau, por Nantéuil).

que atacaba en un folleto a Voltaire, le reprendió también así: «Voltaire es sin duda un mal hombre y no quisiera alabarle; pero ha dicho y hecho tantas cosas buenas que deberíamos correr un velo sobre sus errores». Hay verdadera dignidad en este postrer homenaje de quien sabemos que no era precisamente insensible ni en su obra ni en su misma cordura a la persecución que había sufrido por parte del mentor de los enciclopedistas. Pero también hay quizá algo más misterioso, el presentimiento de un vínculo de plata que une los dos destinos; cuando Rousseau supo de

la muerte de Voltaire, exclamó: «Nuestras vidas dependen la una de la otra: no le sobreviviré mucho».

Rousseau era mucho más joven, sólo tenía entonces sesenta y seis años, pero apenas sobrevivió treinta días a su enemigo. Tampoco a Rousseau le faltaban admiradores: cuando retornó clandestinamente a Francia en 1767, mientras todavía estaba vigente el decreto de exilio dictado contra él, las ciudades le tributaron a su paso recibimientos clamorosos. Intelectuales, músicos y grandes aristócratas se disputaron su compañía, pero su carácter



«Sin limpieza, el amor más feliz no es amor sino una necesidad vergonzosa», asegura muy serlo el ufano ilustrado. («El despertar de Voltaire», de Hübert).

receloso y frecuentemente agrio le impidieron ser nunca verdaderamente popular desde un punto de vista social. La persecución desatada contra él por los enciclopedistas contribuyó también a fomentar estos rasgos de su carácter. Pero es que, además, su forma de ser y de pensar no estaba hecha para fascinar de inmediato a los poseídos por el espíritu del siglo, como era el caso de Voltaire. En sus últimos años de serenidad en París, después de haber escrito las «*Réveries du promeneur solitaire*», da cada vez más rienda suelta a la vertiente religiosa de su naturaleza. Da limosnas, visita y consuela enfermos, lee y anota la «Imitación de Cristo» de Kempis... Su último y más fiel amigo,

Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre, más tarde autor de «Pablo y Virginia», obra canónica del romanticismo roussoniano francés, cuenta la visita que ambos hicieron a una ermita próxima a París. Rousseau se emocionó al ver la piedad de los monjes: «¡Ay!, exclamó, ¡quién pudiera creer!». Y luego añadió que por fin entendía lo que quiso decir Cristo con aquello de «donde varios os reunáis en mi nombre, allí estaré». Como puede verse, no estaba precisamente de un ánimo volteriano Rousseau en sus últimos años de vida.

A mediados de la primavera de 1778, Jean Jacques solicita de alguno de sus amigos acomodados una casa en el campo. El marqués René de Gi-

rardin le invita a una casita cerca de su castillo de Ermenonville, a unos cincuenta kilómetros de París. Se trasladó allí el 20 de mayo, acompañado de su abnegada Thérèse Levasseur; allí recibió la noticia de la muerte de Voltaire. Se dedicó a su colección de plantas y, como contrapartida por su hospedaje, enseña botánica al hijo del marqués, de diez años de edad. El día 1 de julio cenó copiosamente en compañía de sus huéspedes y se retiró a descansar, al parecer en perfecto estado de salud; pero al día siguiente, al levantarse, sufrió un ataque de apoplejía fulminante y murió antes de que se le pudiera prestar ayuda médica. Su muerte dio a sus enemigos la ocasión de ensañarse de nuevo con él: Grimm y otros hicieron correr el rumor de que se había suicidado, Madame de Staël añadió a esa patraña la de que lo había hecho porque Teresa le era infiel, algunos pretendieron que había muerto loco... Pero ninguna de estas maliciosas bajezas es nada si se la pone en la balanza junto a aquel grito de dolor de Teresa, la Teresa que tanto había sufrido a su lado y que tenía más derecho moral al reproche que nadie: «Si mi marido no ha sido un santo, ¿quién podrá serlo?».

## 2. Las vidas enfrentadas

¿A cuándo se remonta el choque definitivo entre Voltaire y Rousseau y cuál fue su causa? No creo que esta pregunta quede suficientemente respondida citando la carta de ruptura que el ginebrino envió a Voltaire el 17 de junio de 1760, ni siquiera contando, como haremos a continuación, los incidentes más directos que la motivaron: pues creo que el

choque entre ambos nace de lo más visceral, de los repliegues del temperamento, y podríamos rastrearlo hasta antes incluso de conocerse el uno al otro, cuando cada cual configuraba la personalidad intelectual que no deseaba ser —o que no podía ser— y que luego habría de reconocer en su antagonista. Voltaire fue el ejemplo sobre el que se modeló la imagen del **philosophe** dieciochesco, mientras que Rousseau era casi en todo punto lo contrario de semejante estereotipo. Según la máxima autoridad de la época, la mismísima **Enciclopedia**, éste es el retrato del perfecto **philosophe**, trazado por el gramático Dumarsais, aunque el artículo fuese atribuido durante mucho tiempo al propio Diderot: «Nuestro **philosophe** no se cree un exilado en este mundo; no cree estar en país enemigo; quiere gozar con sabia economía de los bienes que la naturaleza le ofrece; quiere encontrarse a gusto con los otros; y para encontrarse a gusto, hay que dar gusto; de modo que procura convenir con los que el azar o su elección hacen vivir con él; y de este modo halla lo que más le conviene: es un **honnête homme** que quiere agradar y ser útil. (...) Vemos por todo lo que se acaba de decir cuánto se alejan de la justa idea del **philosophe** todos esos indolentes que, entregados a una meditación perezosa, descuidan el cuidado de sus asuntos temporales y de todo lo que se llama fortuna. El verdadero **philosophe** no está atormentado por la ambición, pero quiere gozar de las comodidades de la vida; le hace falta, además de lo estrictamente necesario, un excedente razonable necesario para vivir como un **honnête homme** y merced al cual —y sólo merced al cual— se es feliz: es el fondo de los bienesta-

res y de los contentos. Son los falsos filósofos los que han hecho nacer el prejuicio de que les basta con lo estrictamente necesario, a favor de su indolencia y de máximas deslumbrantes». En la primera parte de estas líneas nos encontramos con un retrato de cuerpo

entero de Voltaire; en la segunda, es difícil no sospechar una alusión a Rousseau. Se enfrentan el hombre instalado decididamente en el mundo, curioso de un progreso cultural en el que participa, volcado hacia una sociedad cuyo halago y compañía necesita y



«¿Han contribuido las artes y las ciencias a depurar y mejorar las costumbres?»; la respuesta dada por Rousseau era francamente negativa. («Escuela de Zoología», grabado de Prevost para «La Ilustración»).

a la que quiere mejorar para hacer lo más confortable posible, consciente de las ventajas de una renta saneada y capaz de procurársela, con el soñador inactivo, misántropo, odiador de los fastos e hipocresías sociales, paseante solitario, más dado al sentimiento que a la geometría y que halla en su estrechez económica una fuente de orgullo y pureza intelectual. Según Dumarsais, «el **philosophe** es un **honnête homme** que actúa en todo punto según la razón y que une a un espíritu de reflexión y de precisión las costumbres y cualidades sociables»; y este personaje burgués y pragmático, reformista pero ciertamente no revolucionario, escéptico e ingenioso, no tiene nada que ver con un visionario

que condena desde la pureza natural todo el montaje de la civilización, fustiga las artes y las letras, venera oscuros trasantos panteístas y se complace ante todo con la soledad del individuo entre rocas, árboles y cielo. ¿Que ambas imágenes son incompletas, que quizá al egoísmo ilustrado de uno habría que rebajarlo con dosis de imparcialidad y de afán sincero de justicia, que el aislamiento del otro estuvo turbado ante todo por la obsesión de la comunidad perfecta y que redactó proyectos de constitución política a fin de realizarla, bastante menos radicales de lo que cabría suponer? Pero la verdad psicológica de ambos caracteres está fuera de duda y con ella la inevitabilidad de que cada

cual viera en el otro un reproche moral y también un motivo de envidia.

En 1736, cuando tenía cuarenta y dos años, Voltaire escribió un poema que puede considerarse como el anti-Rousseau, oposición desde luego por anticipado, pues en aquella época el ginebrino no había escrito ni una sola línea y ni siquiera había pisado París. La pieza en cuestión se titulaba «El mundano» y en ella se satiriza a cuantos censuran el presente siglo como decadente o pervertido; por el contrario, Voltaire elogia sus adelantos y su lujo, la diversidad de sus placeres, el desarrollo del comercio, cuyos barcos surcan todos los mares del globo en busca de «lo superfluo, cosa muy necesaria». ¿El dichoso estado de naturaleza? «Cuando la naturaleza estaba en su infancia —canta burlescamente Voltaire— nuestros buenos antepasados vivían en la ignorancia, no conocían lo **tuyo** ni lo **mío**. ¿Cómo habían de conocerlo, si no tenían nada? Estaban desnudos y es cosa clara que quien nada tiene, nada puede repartir.» Prosigue luego contando la aridez de la vida de nuestros primeros padres, su ausencia de buenos vinos y de finas sedas: Adán y Eva tenían el pelo descuidado, las uñas sucias y poca higiene a la hora de hacer el amor. «Sin limpieza, el amor más feliz no es amor sino una necesidad vergonzosa», asegura muy serio el ufano ilustrado. Viene luego una detallada descripción de los placeres del civilizado: la pintura de Correggio, la música de Rameau, las costumbres fáciles y sensuales, los bien recortados jardines, la ópera, la buena mesa, el **champagne**... Acaba así Voltaire: «En vano, arrastrados por su orgullo, Huet y Calmet, con audacia de sabios, han buscado el lugar donde estuvo



«Los grandes crímenes no han sido cometidos por los autores celebres, sino por celebres ignorantes» —carta de Voltaire a Rousseau—. (Voltaire, grabado de 1750).

el paraíso: pues el paraíso terrestre está en París». Ni más ni menos. Luego nada tiene de extraño que la reacción de Voltaire ante el «Discurso sobre la desigualdad de los hombres», escrito por Rousseau casi veinte años después del citado poemita, fuese todo menos entusiasta. En el «**Discours**» se cargaba a cuenta de esa civilización elogiada tan alborozadamente por el mundano la desigualdad de los hombres y su conflictiva situación actual: el estado de naturaleza en el que no había ni **mío** ni **tuyo** era sin duda más feliz y más sabio, no una forma de animalesca indigencia. Claro que a Rousseau no se le escapaba que tal situación primigenia es un estado «que ya no existe, que quizá nunca ha existido, que probablemente no existirá jamás, pero del cual es preciso tener nociones justas para poder juzgar nuestro estado presente». El mito antropológico, aún reconocido como tal, es un arma para atacar nuestra condición presente. Sigue aquí Rousseau el camino emprendido en su «Discurso sobre las artes y las ciencias», que resultó premiado por la Academia de Dijon en el concurso organizado por ésta en torno a responder a la pregunta: «¿Han contribuido las artes y las ciencias a depurar y mejorar las costumbres?»; la respuesta dada en dicho opúsculo era francamente negativa. A ojos de Voltaire, como de los restantes enciclopedistas militantes (quizá con la relativa excepción del genial Diderot, que pareció ser el único en comprender los dos lados de la cuestión), esta postura de Rousseau era pura complacencia en la paradoja, pero en una paradoja reaccionaria. ¿Cómo? ¿Esa condena del siglo, de los adelantos de la ciencia y de la belleza del arte, no es precisamente el estan-



«Si hubiera seguido mi primera vocación y no hubiera escrito ni leído, habría sido sin duda más feliz» —carta de Rousseau a Voltaire—. (Ilustración de las «Confessions», que representa a Rousseau leyendo un manuscrito; edición de 1793).

darte de los fanáticos clericales a los que la ilustración combatía? ¿No se reivindica aquí de nuevo la doctrina del pecado original, el progreso como **empeoramiento** en lugar de como mejora de la humanidad? Los sarcasmos de la carta con la que Voltaire agradece a Rousseau el envío del «Discurso sobre la desigualdad» dejan poca duda sobre su postura al respecto: «He recibido, señor, vuestro nuevo libro contra el género humano; os lo agradezco. Gustaréis a los hombres, a quienes decís sus verdades, pero no les corregiréis. No se puede pintar con colores más

vivos los horrores de la sociedad humana, de la que nuestra ignorancia y nuestra debilidad se permitían esperar tanto consuelo. Nunca se ha utilizado tanto ingenio en querer convertirnos en animales; dan ganas de andar a cuatro patas cuando se lee vuestro libro. Sin embargo, como hace más de sesenta años que he perdido esa costumbre, siento que desdichadamente me es imposible recuperarla y dejo esta marcha natural a los que son más dignos de ella que vos o yo». Sigue a continuación una enumeración de los únicos males que han provocado las letras y el arte, a saber, las



«Admitámoslo, el mal está presente en la tierra... Este mundo, teatro de orgullo y de error, está lleno de desdichados que buscan la felicidad...» (Voltaire).

persecuciones que sufren los artistas por culpa del obscurantismo y la tiranía. Concluye así: «Los grandes crímenes no han sido cometidos por los autores célebres, sino por célebres ignorantes. Lo que ha hecho y hará siempre de este mundo un valle de lágrimas es la insaciable avidez y el indomable orgullo de los hombres, desde Thamas Kuli-Khan, que no sabía leer, hasta cualquier empleadillo de aduanas, que sólo sabe hacer números. Las letras alimentan el alma, la rectifican, la consuelan; os son útiles, señor, en el mismo momento en que escribís contra ellas; sois como Aquiles cuando vitupe-

raba a la gloria o como el padre Malebranche, cuya imaginación brillante escribía contra la imaginación». La carta se cierra amistosamente, preocupándose por la salud de Rousseau y con un «suyo, muy filosóficamente y con la mayor estima, etc...». Rousseau le respondió cortés y respetuosamente, pero en sus trece: «En cuanto a mí, si hubiera seguido mi primera vocación y no hubiera escrito ni leído, habría sido sin duda más feliz. Sin embargo, si las letras se aniquilasen ahora, yo perdería el único placer que me queda...».

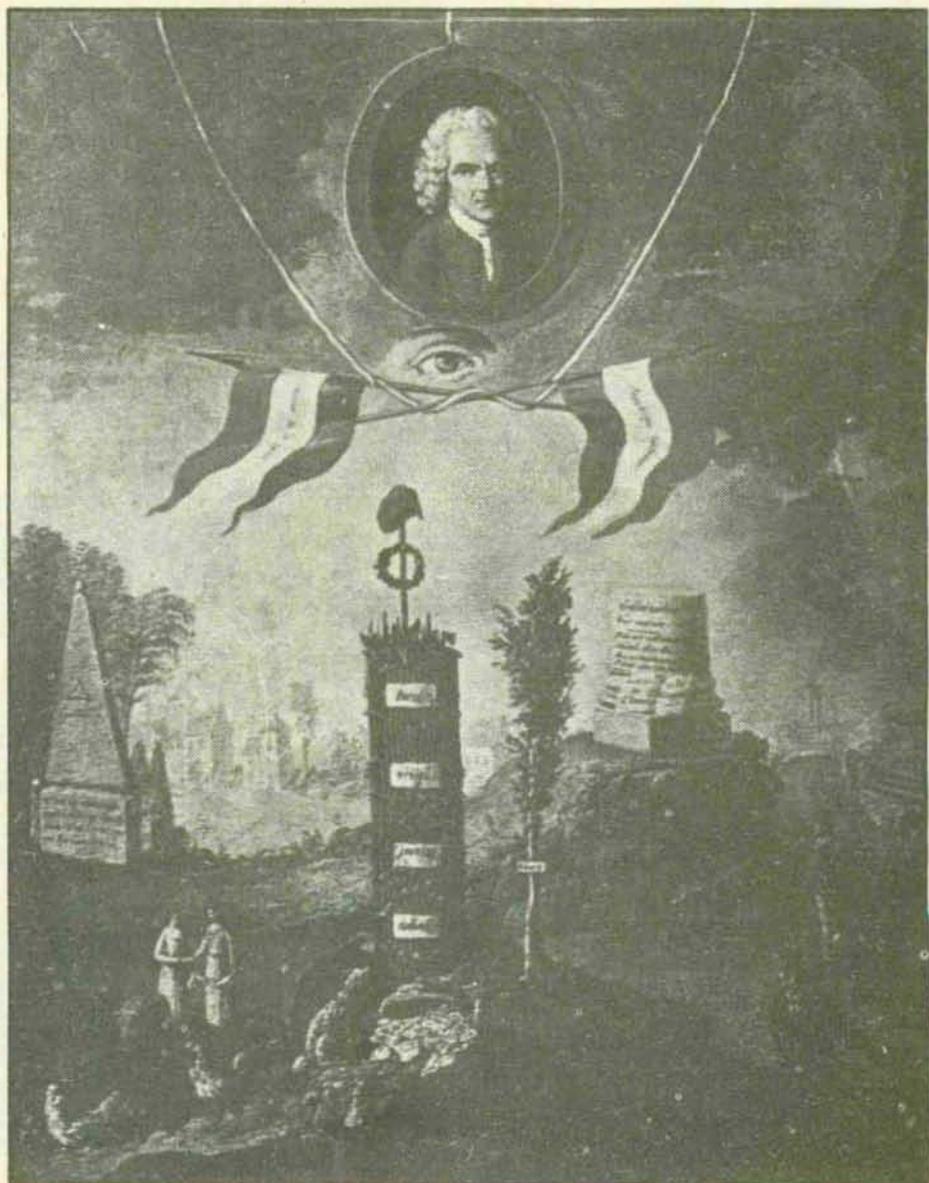
Al año siguiente —1756— la polémica tiene un nuevo paso

de armas. Voltaire escribe su célebre poema sobre el terremoto de Lisboa, en el que ataca a los optimistas que, como Pope y Leibniz, creen que este es el mejor de los mundos posibles, fruto inmejorable de la justicia divina o de la perfección de la Naturaleza. Por el contrario, según Voltaire, el orden del mundo es una mezcla de horrores y desastres, en las que el esfuerzo civilizador de los hombres intenta instaurar un oasis de armonía y seguridad: «Admitámoslo, el mal está presente en la tierra... Este mundo, teatro de orgullo y de error, está lleno de desdichados que buscan la felicidad...» La respuesta de Rousseau no se hace esperar y llega el día 18 de agosto en forma de carta a Voltaire. En ella se hace abogado de la Providencia divina, en defensa de Pope o Leibniz: la muerte y el dolor forman parte de la constitución de la materia sensible, de la que el hombre forma parte; no hay ningún «mal» en ello, y «lo que debe preguntarse no es por qué el hombre no es perfectamente dichoso, sino por qué existe». El único mal real es el mal moral, fruto de la decisión libre del hombre «perfeccionado, esto es, corrompido». Este mal moral es incluso fuente de los males físicos: «Sin salirnos del tema de Lisboa, reconoceréis, por ejemplo, que no era la naturaleza la que había juntado allí veinte mil casas de seis o siete pisos y que, si los habitantes de esa ciudad hubiesen estado más dispersos y más ligeramente alojados, los daños hubiesen sido menores o nulos. Todo el mundo hubiera huido y, al día siguiente, se les habría visto a veinte leguas de allí y tan contentos. ¡Pero hay que quedarse, empeñarse en buscar entre las ruinas, exponiéndose a nuevas sacudidas, porque lo que se deja allí vale

más que lo que uno puede llevarse! ¡Cuántos desdichados habrán perecido en ese desastre por querer coger el uno sus trajes, el otro sus papeles, el otro su dinero! ¿Acaso no sabemos que la persona de cada hombre se ha convertido en lo menos importante de él mismo y que no vale la pena salvarla cuando se ha perdido todo lo demás?». Nuevas paradojas, un lenguaje de Cassandra al que aquellos oídos optimistas tenían que permanecer decididamente sordos. Pero el momento decisivo de la ruptura tuvo ocasión en el enfrentamiento en torno al artículo «Ginebra» de la *Enciclopedia*. En ese artículo, escrito por d'Alambert por inspiración del propio Voltaire, se deplora que en la ciudad de Ginebra se prohíba el teatro por temor al «gusto por el adorno, la disipación y el libertinaje que, según dicen, las compañías de comediantes extienden entre la juventud». La punzada tenía que alcanzar doblemente a Rousseau, por tratarse de su ciudad adorada y por el tema mismo de la «bondad» de un espectáculo artístico y social, que recaía en lo antes atacado por él. Sin tardanza, compone la carta a d'Alambert de «J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra, sobre su artículo "Ginebra" en la Enciclopedia y especialmente sobre el proyecto de abrir un teatro de comedia en esa ciudad». Resumiendo, Rousseau se alía a la vieja tradición filosófica, inaugurada por Platón, de expulsar a los dramaturgos de la Ciudad Ideal, por la inmoralidad y falta de civismo de sus producciones: el teatro sólo conviene a las naciones corrompidas, como Francia, pero no a las que por un benévolo azar permanecen todavía puras. En las comedias, lo que se ridiculiza es la virtud, mientras que los vicios conquistan frívolas alabanzas o,

al menos, cierta tolerancia. El ginebrino elige como ejemplo un personaje de comedia que le toca en lo vivo: el «Misántropo» de Molière. Este hombre, recto, virtuoso, sin hipocresía, es puesto en la picota del ridículo porque no pacta con la convención social y no disimula su desprecio por el mundo despreciable que le rodea; no es difícil descubrir en esta apología el matiz fuertemente autobiográfico y la defensa *pro domo* de Rousseau. Pero, de pasada, este misántropo de las luces lanza flechas envenenadas contra «esas gentes de mundo tan dulces y moderadas, que

siempre encuentran que todo está bien porque no les interesa que nada vaya mejor, que están siempre contentos de todo el mundo porque no se preocupan de nadie y que, en torno a una buena mesa, sostienen que no es verdad que el pueblo tenga hambre». Esto suena a declaración de guerra y como tal es tomada. Se pone en marcha la campaña contra él, en la que intervienen desde Grimm, en cuyo periódico se cita a un tal abbé Castel cuya opinión sobre Rousseau es: «Un incendiario que prende la antorcha de la sedición, que destruye toda sociedad: un criminal contra Dios, contra



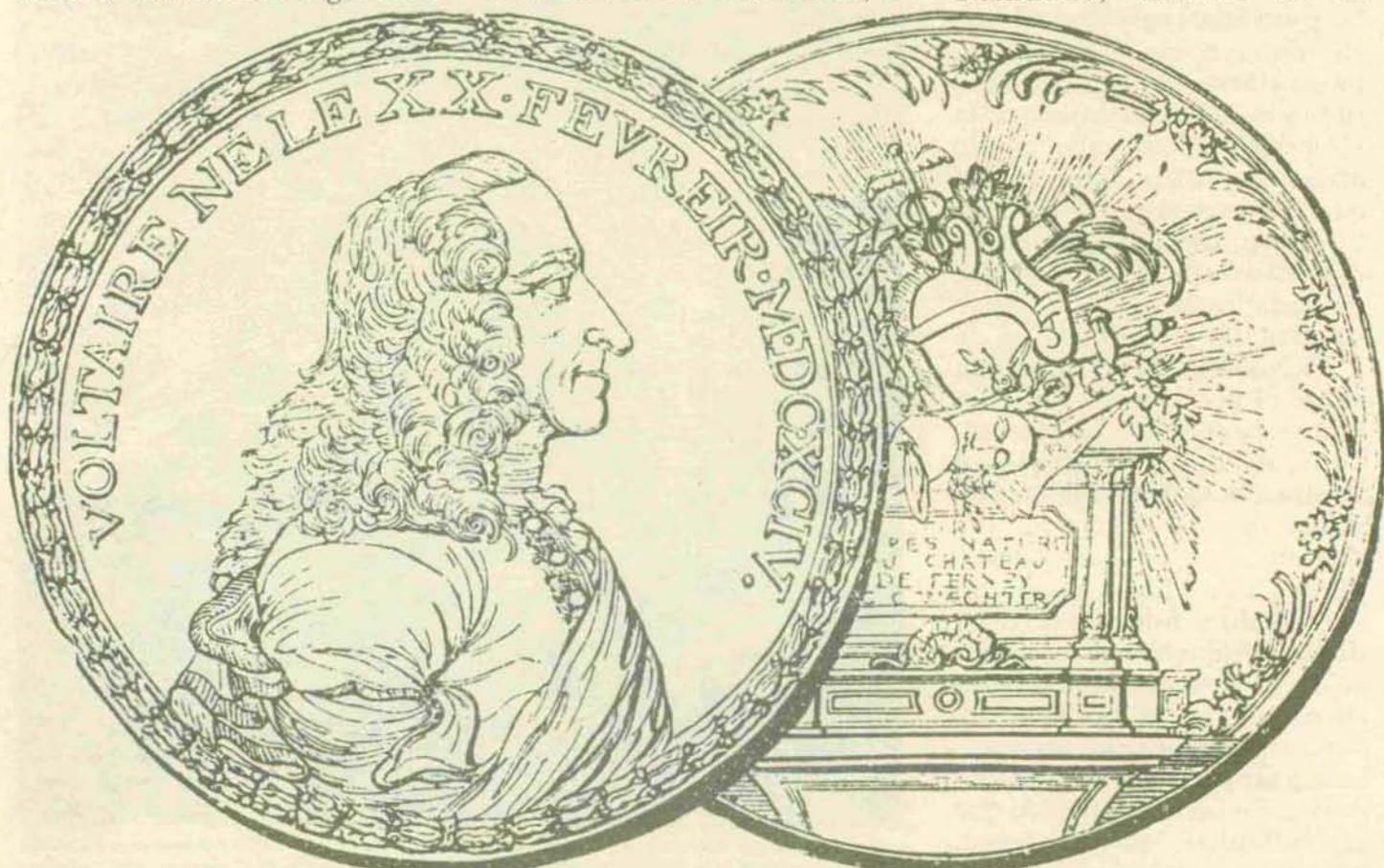
«Os odio, señor, puesto que así lo habeis querido: pero os odio como hombre más digno de haberos amado, si lo hubierais querido». (De la correspondencia de Rousseau, con Voltaire; la ilustración es una alegoría revolucionaria en honor de Rousseau, obra de H. H. Jeaurat de Bertry, y se conserva en el Museo Carnavalet de París).

el Estado, contra el Rey», hasta madame du Deffand, la Enciclopedia y los salones, las autoridades y los libertinos, la iglesia y los librepensadores. Rousseau es el traidor a las Luces, el desertor de la Ilustración, un infiltrado que se introdujo en la gran empresa liberadora para hacerse un nombre y luego volverse más eficazmente contra ella. Sus paradojas sin sentido ni sustancia, más destinadas a deslumbrar que a iluminar, llevarían la sociedad al caos si fuesen tomadas en serio. Y detrás de esta campaña, la sombra omnipresente de Voltaire. El 17 de junio de 1760 Rousseau escribe al instigador de su persecución la carta de ruptura definitiva, en la que le reprocha todos los males que le ha causado y muy especialmente el haber predispuesto contra él a sus compatriotas de Ginebra y a las autoridades de la ciudad; acaba con un tono de conmovida dignidad:

«Os odio, señor, puesto que así lo habéis querido; pero os odio como hombre más digno de haberos amado, si lo hubierais querido. De todos los sentimientos de los que mi corazón estaba penetrado hacia vos, no me queda más que la admiración que no se puede negar a vuestro hermoso talento y el amor a vuestros escritos».

En 1762, el Parlamento de París lanza orden de arresto contra Jean Jacques, quien debe abandonar Francia. Tampoco en Ginebra se le dejará tranquilo y la mezcla de las persecuciones reales con su proclividad natural a sentirse «diferente», llevarán a Rousseau a extremos patéticos de paranoia. Como dijo McIntire, Jean Jacques fue el peor y más grave caso de hipocondríaco y de paranoico: el hipocondríaco enfermo y el paranoico perseguido. En la segunda etapa de su vida de escritor. Rousseau se dedicará casi exclusivamente a defenderse, a

luchar contra la conspiración universal contra su nombre, a explicarse. Lanzado mitad por gusto y mitad por las circunstancias adversas al «strip-tease» pasional, inventa un género autobiográfico del cual derivará buena parte de lo que conocemos como Romanticismo. Escribe las «Confesiones», sus «Diálogos: Rousseau juez de Jean Jacques», sus admirables «Enseñanzas del paseante solitario». Ni sus partidarios pueden soportar su perpetuo delirio persecutorio: huye de la casa del generoso y plácido Hume, en Inglaterra, porque de pronto le ve también como una pieza del gran complot: el príncipe de Conti le aloja en su castillo, pero tiene la mala idea de enviarle unos músicos para que le deleiten con melodías relajantes y Rousseau se cree tratado como un loco; cierta noche, en el Albergue de la Fuente Dorada, en el Delfinado, escribió en la



El horror a la intolerancia, la entronización del respeto ideológico en materia religiosa o científica son a partir de la muerte de Voltaire un legado que los políticos no siempre respetarán en la práctica, pero que las conciencias libres y las nuevas constituciones europeas ya no olvidarán. jamás (Medalla conmemorativa de Voltaire).



«¡Ojala los hombres tengan horror de la tiranía ejercida sobre las almas, tal como execran el bandidaje que les roba por la fuerza el fruto de su trabajo y de la pacífica industria!» (Divisa volteriana del «Tratado sobre la tolerancia»; en la imagen, «La porta di Calais», de Hogarth).

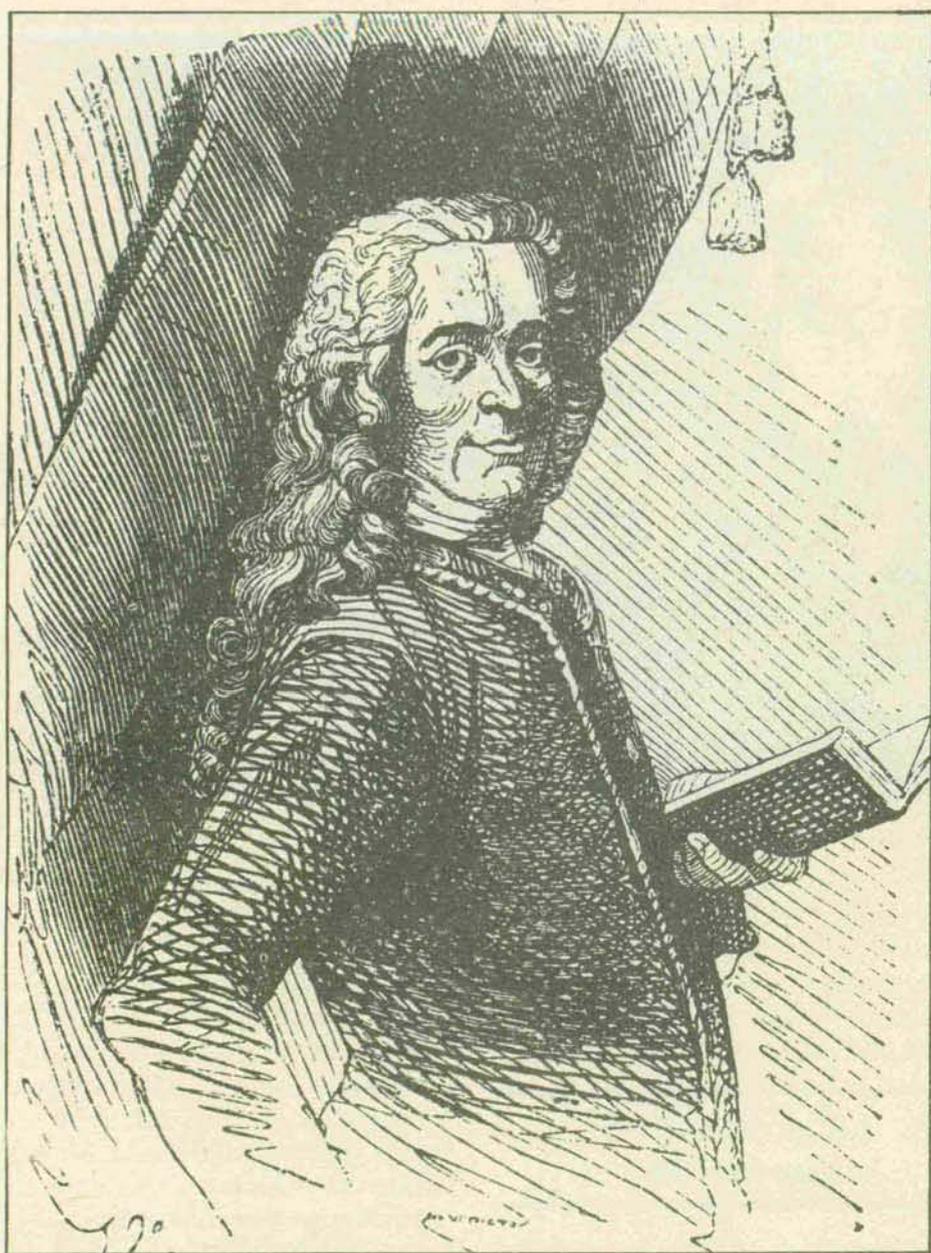
puerta de su habitación la lista interminable de todos los enemigos juramentados para perderle... Por su parte, Voltaire no descansaba y en 1768 hizo correr la especie de que Jean Jacques era el causante del incendio del Teatro de Ginebra, que ardió completamente en febrero de ese año. Ya de vuelta en París, Rousseau comienza a realizar en su casa lecturas públicas de sus «Confesiones», pero es denunciado por Madame d'Epina y se le prohíbe continuar haciéndolo. En 1776 intentó depositar en el altar mayor de Notre-Dame el manuscrito de su «Rousseau juez de Jean Jacques», pero no logró penetrar en la iglesia cerrada; enloquecido, corre a su casa, copia en grandes papeles, de los que utilizaba para realizar los trabajos de amanuense de que vivía, un llamamiento a los parisinos y corre a la calle a repartirlo entre los viandantes... Es el último arrebató, el postrer intento de vencer a la conspiración en el mundo de lo público que es su terreno.

Después viene el retiro, el apagarse poco a poco el afán exhibicionista, la entrega a la botánica, a lo sencillo, a lo callado, el retorno a lo trascendente: la serenidad.

### 3. La posteridad compartida

Cuando en 1777 la tortura fue abolida oficialmente en Francia, nadie pudo dudar de que esta medida se debía en buena parte a los esfuerzos y desvelos de Voltaire. El horror a la intolerancia, la entronización del respeto ideológico en materia religiosa o científica son a partir de su muerte un legado que los políticos no siempre respetarán en la práctica, pero que las conciencias libres y las nuevas constituciones europeas ya no olvidarán jamás. La divisa con la que concluyó su «Tratado sobre la tolerancia» sigue siendo hoy tan válida y tan subversiva como el día en que se formuló: «¡Ojalá los hombres tengan horror de la tiranía

ejercida sobre las almas, tal como execran el bandidaje que les roba por la fuerza el fruto de su trabajo y de la pacífica industria!». Su lucha contra la religión católica fue, en buena medida, un combate contra el fanatismo, que él creía secuela obligada de los dogmas eclesiales. ¿Qué es el fanatismo para Voltaire? En su «Diccionario portátil» lo define así: «El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia a la cólera. Quien tiene éxtasis, visiones, quien toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías, es un entusiasta; quien apoya su locura por medio del asesinato, es un fanático». La definición sigue siendo hoy perfectamente válida, aunque el terrorismo fanático ya no caza sus víctimas según presupuestos religiosos, sino políticos. ¿Es el fanatismo secuela inevitable de la religión católica y de su organización eclesial? En la época de Voltaire la cosa no ofrecía muchas dudas y casos como el de



La lucha de Voltaire contra la religión católica fue, en buena medida, un combate contra el fanatismo, que él creía secuela obligada de los dogmas eclesiales. (Caricatura de Daumies).

Calas o el espantoso castigo del caballero de La Barre por una supuesta blasfemia lo prueban sobradamente. Los motivos de Voltaire para esta batalla contra la fuerza inquisitorial de la Iglesia eran más bien los humanitarios de una suavización general de la convivencia que el intento revolucionario de liberar al pueblo de todo dogma impuesto. Evidentemente, las personas ilustradas, nobles y ricas, los creadores de conocimiento y valores, debían sacudirse del todo el yugo cristiano: «*écrasez l'infame*». Era un obstáculo para el pleno gozo de la

vida y para el desarrollo completo del ingenio y el razonamiento. Pero la **canaille** necesita dogmas, aunque no es preciso que se le impongan de modo criminal. En una carta a Federico II, fechada en 1767, dice Voltaire: «Vuestra Majestad prestará un servicio eterno al género humano destruyendo esa infame superstición (el cristianismo), no digo que entre la canalla, que no es digna de ser ilustrada y que se merece todos los yugos, sino entre la gente honrada, entre los hombres que piensan o que quieren pensar». Ninguna religión dogmática, pues, para

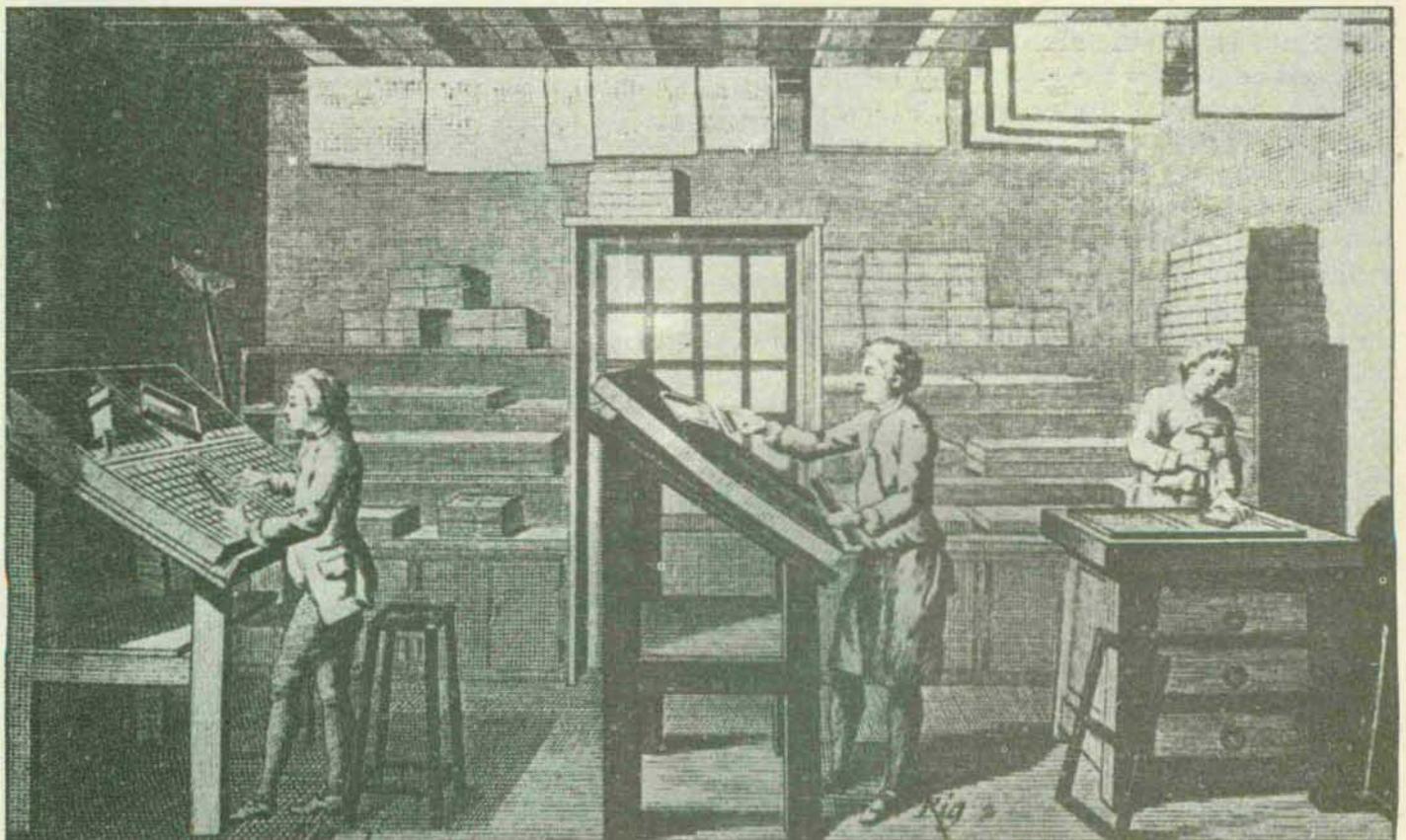
los **honnêtes hommes**, para la gente de bien y de bienes, y un cristianismo humanizado para la plebe: éste es el proyecto.

Pero la trascendencia subversiva del plan superó ampliamente este dócil marco. Como señaló Alexis de Tocqueville, «el descrédito universal en el cual toda creencia religiosa había caído a finales del siglo XVIII ha ejercido, sin ninguna duda, la mayor de las influencias en el curso de la Revolución». Y Chamfort señaló que «el clero fue el más sólido soporte del poder absoluto y Voltaire lo derribó». Al aplastar la superstición infame y el fanatismo que dependía de ella, cayó también toda una justificación simbólica de la jerarquía social y las razones más firmes para acatar el despotismo. Es seguro que Voltaire no deseaba precisamente causar tal efecto y se hubiera escandalizado bastante si hubiera podido comprobar el alcance político que tuvo en la historia su campaña anticristiana. La teoría política de Voltaire, en cambio, salvando su énfasis en la tolerancia y su reivindicación de los injustamente perseguidos, no representó gran cosa en la formación de las ideas radicales que conformaron la Revolución francesa. En general, el pensamiento de Voltaire no deja de ser en lo filosófico sumamente corto de vuelo y no admite comparación no ya con el de Rousseau, sino tampoco con el de Diderot o Helvétius. Sus teorías suelen ser generalizaciones de sentido común, más interesantes por la desmitificadora fuerza polémica con que se burla de solemnidades tradicionalmente asentadas que por las ideas propias que avanza. Rousseau, en cambio, es el caso opuesto: mientras que sus opiniones sobre lo privado, sobre las costumbres, y su ac-

titud ante lo tradicional son mucho más conservadoras que las de los enciclopedistas (salvo en el terreno de la educación), sus planteamientos políticos están en la raíz de todas las doctrinas revolucionarias modernas. Exaltó el sentimiento frente a la razón, desconfió de los beneficios que ciencias y artes aportan a los hombres, vio el progreso desde el ángulo del pecado original, consideró imprescindible la piedad religiosa para alcanzar una vida recta, elogió la fidelidad conyugal, la sencillez de las costumbres, etc... pero fue quien denunció por vez primera el cúmulo de alienaciones que el poder estatal impone al hombre, las desigualdades que crea, señaló la propiedad privada como fuente de los males sociales, sentó las bases de la democracia de plena participación popular, etc... Voltaire representaba, en cierta manera, la inmoralidad escéptica y autofágica de las clases privi-

legiadas, mientras que Rousseau encarnó el moralismo austero y reivindicativo de los menos favorecidos. En la Convención encontró sus descendientes naturales. Robespierre, por ejemplo, que también estaba convencido de que la religión es imprescindible para mantener el buen orden social, atacó a los **philosophes** (y ajustició al último de ellos, Condorcet, el gran volteriano) porque habían denigrado a Dios y a la religión pero habían conservado a los reyes, mientras que Rousseau se había atrevido a reivindicar a Dios y la inmortalidad, pero en cambio se había enfrentado a los príncipes de este mundo en nombre del pueblo. Como dijo Mallet-Dupan, «Rousseau tenía cien veces más lectores entre las clases medias que Voltaire; fue él y sólo él quien inoculó a los franceses la doctrina de la soberanía del pueblo». Y no menos cierto es lo afirmado por Gustave Lanson: «Desde entonces y du-

rante un siglo, todos los progresos hacia la democracia, la igualdad, el sufragio universal... todas las **reivindicaciones** de los partidos extremos que podrían subvertir el futuro, la guerra contra la riqueza y la opulencia, toda la agitación de las masas obreras y oprimidas, todo ha sido en cierto sentido obra de Rousseau». Para completar este balance, quizá debiéramos añadir que en él han encontrado también su base teórica los reforzamientos de la totalidad política, los argumentos para negarse a considerar al individuo concreto e irrepetible como algo más que la parte de un gran Todo, al cual debe someterse y al que debe reproducir en lo íntimo de su corazón. Si tratásemos ahora de antropología o de educación, deberíamos reconocer que la aportación de Rousseau ha sido no menos decisiva y ha determinado en gran medida no sólo nuestras ideas más generales, sino también el sen-



Las teorías volterianas suelen ser generalizaciones de sentido común, más interesantes por la desmitificadora fuerza polémica con que se burla de solemnidades tradicionalmente asentadas que por las ideas propias que avanza (una de las planchas para la «Enciclopedia»).



Voltaire representaba, en cierta manera, la inmoralidad escéptica y autofágica de las clases privilegiadas, mientras que Rousseau encarnó el moralismo austero y reivindicativo de los menos favorecidos. («Voltaire en su mesa de trabajo», maqueta del Museo Carnavalet, en París).

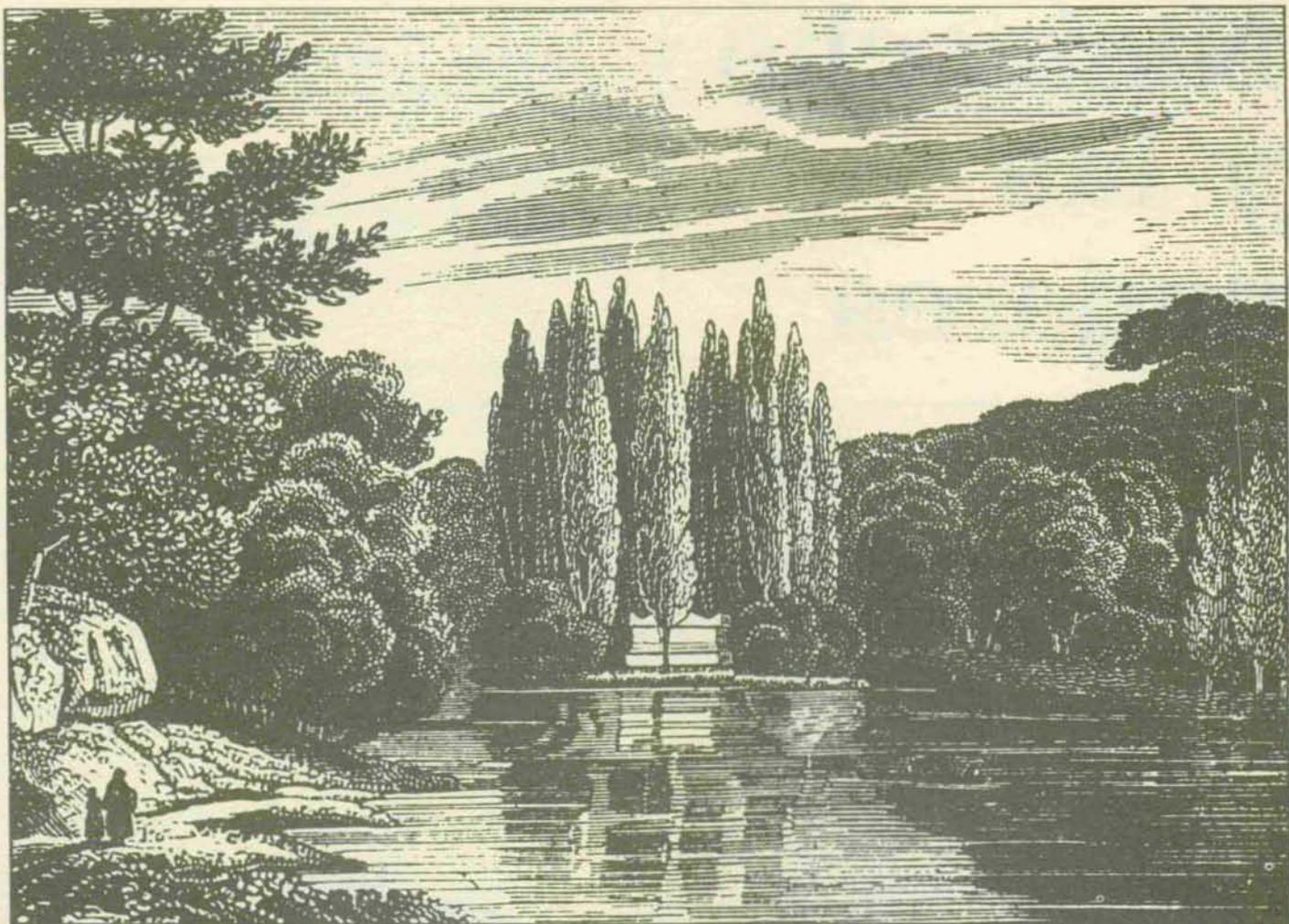
tido de las investigaciones más pormenorizadas y particulares: ¡cómo olvidar el elogio a Rousseau en las últimas páginas de los «Tristes Trópicos» de Levi-Strauss! El gran traidor a la Enciclopedia, el renegado de las Luces, ha sido la más activa punta de lanza de la Ilustración en la transformación histórica del mundo contemporáneo...

Voltaire fue enterrado en la abadía de Scelliers. En julio de 1791, la Asamblea Constituyente de la Revolución dio orden de que sus restos fueran exhumados y trasladados en triunfal cortejo hasta la iglesia de Santa Genoveva, que sería llamada poco después el Panteón. Por su parte Rous-

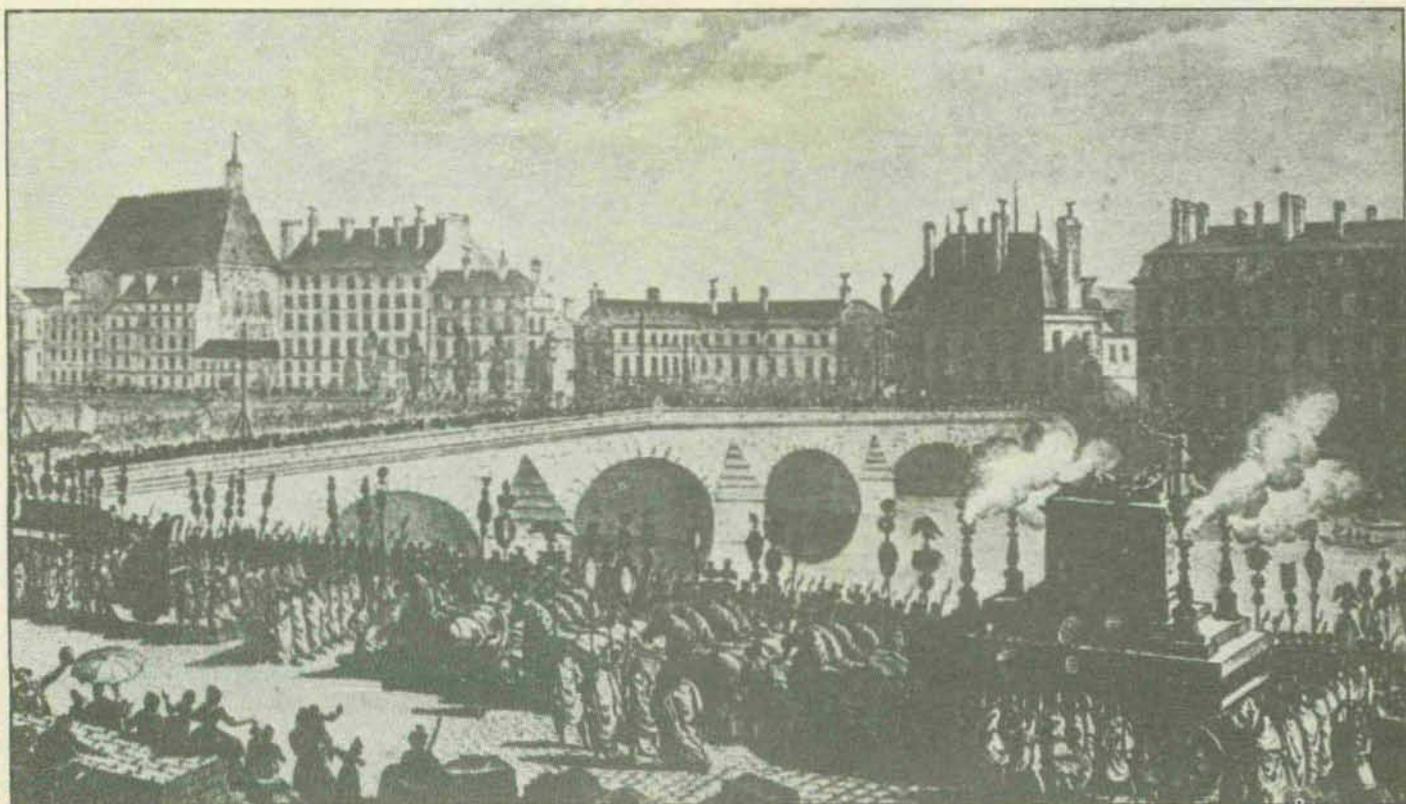
seau, que había sido enterrado en la isla de los Alamos, en el dominio de Ermenonville donde murió, también fue exhumado en 1794 y llevado al Panteón, junto a Voltaire. En mayo de 1814, cuando los Borbones fueron restaurados, un grupo de fanáticos penetraron de noche en el Panteón, desenterraron los restos de los dos ilustrados, los echaron a un saco y se los llevaron, probablemente para arrojarlos a cualquier vertedero de las afueras de París. Nunca volvió a saberse nada de ellos. Las cenizas de Voltaire y Rousseau, hermanos enemigos, fueron honradas juntamente por la posteridad revolucionaria y desperdigadas juntamente por el odio vengativo de la eterna reacción. ■ F. S.

El 28 de mayo de 1778 Voltaire entró en coma, rechazó con un enérgico «¡Dejádme morir en paz!» al cura que intentó ungirle en sus últimos momentos y murió a las once de la noche del día 30. (Capilla de Voltaire, en Ferney).





El día 1 de julio de 1778, Rousseau cenó copiosamente en compañía de sus huéspedes y se retiró a descansar, al parecer en perfecto estado de salud; pero al día siguiente, al levantarse, sufrió un ataque de apoplejía fulminante y murió antes de que se le pudiera prestar ayuda médica. (Sepulcro de Rousseau, en Erménonville).



Las cenizas de Voltaire y de Rousseau, hermanos enemigos, fueron honradas juntamente por la posteridad revolucionaria y desperdigadas juntamente por el odio vengativo de la eterna reacción. (El triunfo de Voltaire en París, el 30 de marzo de 1778).